

# *Geografía, historia militar, historia en torno a Sepúlveda en la Guerra de la Independencia*

Antonio Linage Conde\*

Parece evidente que la vida urbana ha sido una de las más fecundas conquistas de la humanidad. Eso, el fenómeno *in genere* específicamente, ello podría también predicarse, por añadidura, de algunas ciudades en concreto, y nos referimos ahora solamente a la elección de emplazamiento, no al florecer de su propia historia local.

Ni que decir tiene que esta elección ha venido siendo determinada por una multiplicidad de factores, sin conexión alguna los tales entre sí, hasta el capricho y el absurdo en no demasiados pocos, casos<sup>1</sup>. Llegándose al extremo de que, cuando a las motivaciones subjetivas ha acompañado y sucedido una realización, el dicho resultado es si cabe más estimulante, por la confianza que acredita en las posibilidades del hombre sobre el medio. A ese propósito, este Madrid entrañable que hoy nos congrega, ¿no podría inducirnos a reflexionar?

Y claro está que este aspecto, el de la elección fundacional, se puede considerar a lo largo de toda la historia urbana, desde la aparición en la evolución humana de ese *hábitat* hasta las últimas nuevas ciudades de nuestros días. Si bien nuestro argumento aquí sólo puede tener en cuenta aquellos orígenes. Dada la vejez de la villa de Sepúlveda que es el teatro del mismo.

---

(\*) Academia de la Historia. Madrid, España.

<sup>1</sup> *Servatis servandis*, esta ambivalencia nos recuerda la que, respecto a tema tan diverso como la fijación del precio de las cosas, apuntaba el obispo de Segovia, Diego de Covarrubias y Leyva (*Omnium Operum Tomus Secundus*; Venecia, 1603; 131): «Primum, in contractibus, emptionum et venditionum, similibusque permutationibus, nequaquam attendi nec constitui iustum precium ex natura rei, sed ex hominum estimatione, tametsi insana sit aestimationum si natura rei foret observanda».

Y bien, uno de los estudiosos que han acertado a arrojar más luz sobre el hombre y la ciudad, el francés Marcel Pöé, cuyo trabajo en torno a la de París le pudo llevar a generalizaciones reveladoras, apuntaba que el hombre viajero, con el ojo atento a la geografía de su recorrido, iba descubriendo los parajes más aptos para asentarse urbanamente. Aunque naturalmente que no podemos imaginarnos al hombre primitivo saliendo a la búsqueda de un emplazamiento adecuado para asentarse en una ciudad, a la manera de los planificadores modernos. Precisamente por eso era más vigorosa en cuanto espontánea, y ajena a cualquier artificiosidad de despacho, la elección en su caso.

Y en el concreto de Sepúlveda, no cabe duda de haber sido la misma determinada por una consideración militar, pensando en la defensa que su posición sobre el cañón del río Duratón brindaba, ello en su primer nacimiento en los días célticos, aseguradora del paso de aquel en una frontera tribal entre vacceos y arevacos<sup>2</sup>. Y hemos dicho de su primer nacimiento porque luego de una interrupción desertizante de la vida urbana en ella — en la cual también la motivación castrense fue decisiva— Sepúlveda volvió a tener otro, amanecer de nuevo, o si lo preferimos a re-nacer en la época de la reconquista y la repoblación cristianas.

Por cierto que este protagonismo etiológico del factor militar en el comienzo, y en nuestro supuesto concreto de una manera reincidente, que podríamos decir, de la vida del hombre ciudadanamente aglutinado, nos da una vez más qué pensar en torno al papel de la guerra en la evolución del paso del mismo por la tierra. Tema que, por supuesto, aquí nos desborda. Si bien no estaría de más aprovechar la coyuntura para hacer ver cómo, sólo abordándole con plena seriedad, entendiendo sin más el fenómeno de la guerra en su realidad y en todas las realidades involucradas, y no limitándose a *excursus* demagógicos irresponsables por ficticios, será posible ser de veras partidario de la paz.

Mas, volviendo a nuestra materia, no deja de sorprender también, la permanencia en el caso concreto de Sepúlveda, de algún protagonismo en la historia militar, desde aquellos días primeros, los del alba pre-romana, hasta los actuales, en un mundo tan cambiado, luego de un itinerario tan extenso a lo largo de él, y con unas técnicas imperando en el arte de la guerra del todo diversas. Pues ese factor, que determinó el propio nacimiento de la población en la antigüedad, sobre cuyo extremo ya no vamos a volver, se reveló esencial. en la Edad Media y, lo que ya puede chocar más, aparece al fin y al cabo en la Contemporánea. Ya que, aparte la «acción» justificativa de esta nuestra intervención aquí, hasta en la Guerra Civil so-

---

<sup>2</sup> Sobre este extremo, el libro que habremos de citar más veces, de Diego Conte Bragado e Ignacio Fernández Bernaldo de Quirós, *Introducción a la arqueología en el cañón del Duratón* (Segovia, 1993) 100-8.

nó su nombre, y si no lo fue más, se debió a la estabilización del frente de Somosierra. No siendo anecdótico que el Servicio de Información Militar establecido en la villa jugara su papel en las últimas negociaciones que llevaron a la entrega de Madrid e indirectamente al fin de la contienda<sup>3</sup>. una consecuencia, dicho sea de paso, esta de la posesión de la capital, que también se esperaba Napoleón, aunque en su caso el resultado no respondió a tales expectativas ni mucho menos. y ahí otras posibilidades de cotejo en el tiempo sobre el mismo espacio.

Ahora bien, esa constante de que decimos, lo que nos plantea es una reflexión en torno a la continuidad o no tanto de la influencia geográfica por encima de los avatares del tiempo. Continuidad de la historia para Ranke indiscutible desde la óptica ética, que según él todas las épocas de la misma han estado a la misma distancia de Dios. Desde otras, no tanto. Quede aquí la constancia de la que se dio de la historia militar en la historia de Sepúlveda, hija de su geografía.

Mas, en cuanto ya resulta más sugestiva y menos común, sí creemos útil decir algo, aunque prolongue lo introductorio, acerca de una hipotética continuidad castrense también en el interludio de la despoblación.

## ¿ISLOTES CASTRENSES EN EL DESIERTO CASTELLANO?

La despoblación de una extensa faja de territorio peninsular, de Oporto a Barcelona, la del valle del Duero más en concreto, al cual pertenece la cuenca del Duratón de que estamos tratando, es un hecho histórico que la historiografía sólo ha enunciado desde hace muy poco tiempo, adquirida definitivamente para ella mediante el espaldarazo de don Claudio Sánchez-Albornoz, y lanzada inicialmente que había sido por Alejandro Herculano en la pasada centuria.

Insólito retraso que, ¿es del todo excepcional o no puede chocarnos demasiado? Tengamos en cuenta, por perplejos que ello nos deje, en cómo tanto en lo que los testigos de la historia que se va haciendo dejamos de ella consignado, como en lo que luego los historiadores a su vez retrospectivamente consignan, la selección espontánea que se hace es abrumadoramente decisiva. Habiendo situaciones que, por naturales que parezcan, ni siquiera se enuncian, llegando paradójicamente por ello a olvidarse, al desaparecer quienes su naturalidad sobreentendían. Aparte lo que no se expone expresamente y hay que intuir de testimonios escasos, dispersos y legados para el esclarecimiento de otros ámbitos, Pensemos en la historia económica a través de la historiografía antigua y medieval. De ahí las la-

---

<sup>3</sup> Véase el libro de RICARDO DE LA CIERVA, 1939. *Agonía y victoria. El protocolo 277* (Barcelona, 1989), donde sepúlveda aparece mencionada.

gunas, las piezas del rompecabezas que no nos encajan. Y pocas tan típicas en ese sentido como está de que nos estamos ocupando.

De ahí que Diego de Colmenares se refiriera, aunque no compartiera su tesis, a quienes oralmente en sus días barrocos, daban por supuesta la despoblación de Segovia en los altomedievales. Y yo puedo aportar la experiencia personal de que sólo al enterarme de la tal pude entender lo que antes, a la luz del cuadro sinóptico clásico, aparecía neblinoso, extraño y me atrevo a decir que de una pobreza incógnita.

Despoblación sin embargo que ha sido controvertida, como no podía ser menos, y no solamente por su contenido sino por lo novedoso de su planteamiento. Lo que a estas alturas no parece hacedero es su negación sin más. En cuanto al otro extremo, el entenderla literalmente cual un vaciamiento humano integral, apenas si ha podido llegar a pretenderse. En definitiva, lo que se postula es la existencia de un desierto, y don José-María Lacarra, a ese propósito, me escribía a mí una vez que también lo es el Sahara y hay saharianos.

Una pareja de jóvenes investigadores, que acaba de entrar por la puerta grande en estas lides<sup>4</sup>, ha recogido todas las opiniones hasta ahora emitidas en torno al caso concreto de Sepúlveda. Por cierto una tarea muy bienvenida en estos tiempos en que, por ejemplo, comenzar recordando las opiniones en tantas materias de Méndez y Pelayo va resultando un poco raro. Y bien, admitido que hubo una desertización, pero que los desiertos precisamente se caracterizan por tener una población de densidad desertizante, lo que hay que subrayar son algunos matices, hipotéticos o no, aportados por los estudiosos recientes. Así, que los pobladores ganaderos del desierto, tuvieran en cuenta ser éste una tierra de nadie entre dos potencias en estado de guerra endémico, y vivieran consecuentemente con las armas en la mano, tanto que se los pueda tildar de caballeros pastores, no es extraño, y que su escasa densidad pudiera ser engrosada en el siglo IX por inmigrantes mozárabes, tampoco. Lo mismo que de éstos, llegaron algunos monjes, con la Regla de San Benito en la mano, allí no muy conocida, al civilizado León, otros pudieron hacerlo con algunas cabezas de ganado a la despoblada Castilla.

Más acreedora de atención, y exigente de algún planteamiento nuevo, al menos en cuanto a la necesidad de hacer distinciones cronológicas en todo este proceso, es la opinión que postula una cierta presencia musulmana en la villa después de la despoblación. ¿Hasta dónde tendría pues razón esa hodierna canción báquica tremendamente burda, *Sepúlveda fue en tiempos tierra moruna*? Un trabajo arqueológico muy reciente sobre las murallas de la villa<sup>5</sup>,

<sup>4</sup> Los autores del libro cit. en la nota 2, pp. 181-9.

<sup>5</sup> MARIA-DOLORES MARTIN AYMERICH, TERRSA TARDIO DOVAO y ALONSO ZAMORA CANELLADA. Las murallas de Sepúlveda. Un ensayo de aproximación con métodos arqueológicos, a un ejemplo de pervivencia arquitectónica (Segovia, 1990).

a la vista de la materialidad de una parte del aparejo de éstas, tal y como nos han llegado hasta hoy, se pronuncia por una recuperación temprana de la población por los musulmanes después de la correría de Alfonso I, habiéndola vuelto a fortificar aquéllos<sup>6</sup>. De manera que la actuación de Fernán González, el año 940, habría sido antes reconquistadora que repobladora, con lo cual estarían más cerca de la realidad la épica y la novela que el revisionismo, o sea el relato barroco del benedictino de Arlanza, fray Gonzalo de Arredondo, que hizo suyo Diego de Colmenares como después Angel Dotor y Municio en su artículo de la Enciclopedia Espasa, pasando por la obra dramática de las postimerías que precedieron al romanticismo, *La toma de Sepúlveda por Fernán González*, del aragonés Manuel Fermín de Laviano: *Viva el valiente Almanzor, Abismen y Abubad vivan?*

Ante tal interpretación de esos datos, Diego Conte se pregunta si sería «compatible una Sepúlveda musulmana avanzada sobre las defensas del Sistema Central, con un poblamiento rural cristiano establecido al abrigo de las profundidades del cañón del Duratón», respondiéndose por su posibilidad, y enlazando así con la opinión del Marqués de Lozoya de haberse reducido la dominación islamita a las ciudades y villas, sin alcanzar a las aldeas. Y justamente, añadimos nosotros, las ciudades fueron las víctimas de la despoblación, las aldeas mucho menos, pudiendo incluso haber consistido el sacrificio de aquéllas en su conversión en estas. Ahora bien, lo que nos hemos de plantear, a la luz de esas nuevas hipótesis, es si también fueron víctimas las fortalezas, o por el contrario, pudo darse algún caso, cual este de Sepúlveda habría sido, de conversión de ciudades en fortalezas nada más, en puestos militares en el desierto.

Nosotros, sin pretender dogmatizar, creemos podría ante todo tenerse en cuenta lo largo de la despoblación, nada menos que dos siglos. Naturalmente que con muchos acontecimientos, tanto en la realidad externa como en las mentalidades de unos y de otros, si se nos pasa la *boutade* que también en éstas de acontecimientos hablemos, es decir, que acaso en algún período sí podría postularse esa existencia de fortalezas vigías en el desierto. Con lo cual éste merecería con mejores títulos ese de estratégico que se le ha venido dando, y que de por sí merecería toda una disertación. Lo cierto es que, si bien la guerra no fue la única de sus causas, pues además de las civiles entre bereberes y árabes y las correrías astures contribuyeron a él las sequías y hambres, parece nítido su protagonismo en su tan longínquo mantenimiento. Y en cuanto a nuestra postura historiográfica, ya un tanto

---

<sup>6</sup> Es curioso que también la arqueología ha revisado el revisionismo que se daba por bueno acerca de la época de construcción del vecino castillo de Castilnovo. Popularmente se atribuía a Abderrahmán Luego, los historiadores sesudos a la Baja Edad Media, por ser entonces cuando aparece mencionado en las crónicas. Ahora se subrayan sus restos islamitas, aunque de los días de Almanzor. Está en prensa la segunda edición de nuestro libro *El Castillo de Castilnovo*, editado allí mismo, por la sociedad anónima que lleva su nombre.

larga en esta parcela, aunque más hubiera debido serlo, hemos de recordar cómo, en los momentos en que la repoblación era omnipresente en detrimento de la Reconquista, y desde la otra orilla don Claudio llegaba a pensar en la necesidad de reconquistar ésta, ya apuntamos la posibilidad de que al menos algunas escaramuzas hubiera en el asentamiento condal fernandino, y no perdamos de vista el significado de la construcción tan imponente de la fortaleza califal de Osma.

Y desde luego que ese cierto eremitismo castrense en nuestra paramera tendría una extraordinaria belleza, ¿Osaremos evocar en Sepúlveda un *ribat* de monjes soldados? Mas no podemos seguir por ahí en estas páginas.

Sólo recordar que, nacida de nuevo la villa con la misma motivación militar, era un jalón decisivo en el paso de Burgos a Toledo. De ahí que perdiera su trascendencia al ser éste conquistado definitivamente por Alfonso VI, el mismo monarca que había consolidado la repoblación sepulvedana antes de dar ese paso siguiente.

Por eso, que volviera a escribirse en la historia de la guerra de la independencia y aun después, cuando Madrid había a Toledo sucedido, no deja de permitir, pese a su menor relevancia ya, algunas consideraciones en torno a esa permanencia que decíamos del espacio a través del tiempo variable.

## UNA ACCIÓN EN EL PASO A MADRID

Antes de salir de Erfurt para Saint-Cloud, la noche del 18 al 19 de octubre de 1808, Napoleón escribió a su hermano José<sup>7</sup>, quien entonces reinaba en España y atravesaba una situación militar difícil, comunicándole su intención de mejorarla personalmente, mediante «una organización definitiva, efectuando los menores desplazamientos posibles, deseoso de tener al enemigo cerca y en las mismas posiciones que ocupaba, con la esperanza de poder así terminar la guerra de un solo golpe, por una maniobra hábilmente combinada». Llegado efectivamente a Vitoria en la noche del 5 al 6 de noviembre, con arreglo a esos planes en el centro, Soutl dio la batalla de Gamonal y conquistó Burgos, o que implicaba tener la llave de toda Castilla la Vieja; en la izquierda Lefebvre y Víctor hacían lo propio en Espinosa de los Monteros, y en la derecha, Lannes venció en Tudela. De esta última victoria se enteró Napoleón en Aranda, a las ocho de la mañana del 26 de noviembre. A lo cual, el Emperador decidió la marcha inmediata sobre Madrid.

<sup>7</sup> Servicio Histórico Militar, ponente: coronel de Estado Mayor, Juan Priego López: *Guerra de la Independencia 1808-1814. III. Segunda Campaña de 1808* (Madrid, Librería Editorial Sarmantín, 1972) 134-53.

Otrora, cristianos y moros habían estado en Burgos también y Toledo, Ahora, franceses y españoles en Burgos y Madrid. Y Sepúlveda seguía en el paso, aun con lo que iba de las lanzas a la artillería. «Sita est autem in excelso loco, rupibus asperis et fluminibus circumdata», que había escrito de ella Lucio Marineo Sículo en el interludio<sup>8</sup>. ¿Tendrían todavía vigencia tales méritos?

Lo cierto era que el camino era el de Somosierra, y que en este puerto se habían concentrado las tropas de la resistencia. Napoleón se dispuso a arrollarlas, con el Primer Cuerpo de Ejército, la Guardia Imperial y la Reserva de Caballería. Y como vanguardia, mandó de Aranda a Honrubia de la Cuesta dos regimientos de fusileros de la Guardia misma con doce cañones, al mando del general Mariano Savary (1774-1833). A la vez, mandó a Lefebvre ir a Segovia desde Tudela de Duero, por si hubiera que recurrir a los otros puertos de Navacerrada y Guadarrama.

La posición al principio más avanzada fue la de la caballería de Besières, más allá de Milagros ya el día 27, expectante el Emperador todavía. Pero el general Lasalle llevaba ya tiempo en Boceguillas, tomado cual puesto informativo, y el día 20 ya había hecho llegar al Cuartel General la noticia de que los españoles, no sólo se preparaban a defender Somosierra sino que la infantería había también ocupado Sepúlveda. Y el propio Lasalle, con su caballería, se quedó observando la villa y el puerto, cuando ya Savary había llegado a Boceguillas en la noche del 27, y el movimiento hacia aquél era convergente: la división Lapisse, desde Langa, Por Grajera, Linares del Arroyo, Maderuelo y Campo de San Pedro; Víctor y la caballería ligera polaca de Le Brun desde Ayllón; los Dragones de La Houssaye por Honrubia, y la división Latour-Maubourg desde Langa a Boceguillas. Cuando Napoleón, que seguía esperando en Aranda, de quien aguardaba los últimos despachos era de Savary.

El cual, la noche del 27, le enteró de que en Sepúlveda sólo había 1200 infantes y 400 jinetes, ante lo cual el Corso se sintió optimista y decidió pasar el puerto el 29, trasladando el 28 su cuartel general a Boceguillas, adonde envió inmediatamente al resto de su Guardia todavía en Aranda, y a Besières le mandó que, en la mañana del 29, llevara la división Lapisse de Grajera a Castillejo de Mesleón. Notemos que en este pueblo se desvía a Sepúlveda la «carretera de Francia», que así se ha llamado siempre en la villa el camino real, hoy autovía de Madrid a Irún.

Pero estas noticias de Savary no eran fidedignas. Pues en Sepúlveda, si caballos había menos, unos 300, los infantes llegaban a 3600, además de un centenar de artilleros, integrantes todos de un batallón de Guardia Valonas, dos batallones del Regimiento de Madrid y dos del de Jaén, un escuadrón del Regimiento de Montesa y dos del de Alcántara, con seis cañones.

---

<sup>8</sup> *De rebus Hispaniae*, II; p.307 de la ed. en *Hispaniae Illustratae* (Frankfurt, 1603).

Eran una parte del llamado «Ejército de Reserva entre Madrid y los Puertos», acabado de formar por la Junta Central para defender la capital, y que cometió el error, tan grave que resulta inexplicable<sup>9</sup>, de dividirse en tres, yendo sólo una parte a Somosierra, el lugar de la totalidad que había de haber sido, mientras otra se quedaba en Madrid y la tercera iba a Segovia.

Y los historiadores militares consideran una duplicación de tal dislate la decisión a su vez tomada por el general que mandaba el grueso de Somosierra, Benito San Juan, de dividirlo entre el puerto y Sepúlveda, lo que se había apresurado a hacer nada más llegar a ése, el día 18, mandando a Sepúlveda las fuerzas que ya conocemos al mando del brigadier Juan José Sardeny, de Manresa, con lo que, de once a trece mil hombres se quedó sólo con ocho o nueve. pues. «de hecho —comenta el coronel Priego—, el destacamento de Sepúlveda se encontraba lejos del puerto de Somosierra para servir de puesto avanzado a la guarnición del mismo, y no era suficientemente fuerte para amenazar de flanco la marcha de un ejército de 40.000 hombres, como el que podía reunir el emperador de los franceses para la operación proyectada».

Mas, como en la realidad ocurrió, y también por parte francesa, hacia la villa hemos de distraernos. Al amanecer del día 28, Savary se dirigió a ella para apuntarse, según se creyó, un fácil tanto previo. Y con 1200 fusileros de la Guardia tomó el camino que desde Boceguilla pasa por Barbolla, a la vez que Lassalle, el otro avanzado a esa latitud, marchaba por El Olmo con 450 jinetes del Décimo de Cazadores.

La orden era avanzar sin disparar un solo tiro, pero la sorpresa de fuego nutrido de la fusilería española no se hizo esperar, trocando el paseo militar en una acción de guerra. A ello, también La caballería tuvo que intercambiar sablazos con los regimientos de Alcántara y Montesa.

Con lo cual, Savary se hubo de conformar con hacer algunos prisioneros y recoger a cuarenta de sus hombres heridos, casi todos leves. De la parte española, sólo el Regimiento de Alcántara consignó 66 bajas, entre ellas cuatro oficiales y dos cadetes. De todo ello era informado Napoleón el mismo día 28 a las diez de la noche. A pesar de todo, Priego López comenta que «la operación sobre sepúlveda (un simple reconocimiento) había alcanzado el objetivo propuesto por el Emperador de averiguar la fuerza y disposición de las tropas que defendían los pasos de la sierra», tanto que fue entonces cuando renunció a franquear el puerto el día 29.

Sin embargo, el nombre de Sepúlveda no figura en el Arco del Triunfo entre las victorias imperiales, aunque el de Somosierra sí. Y a Savary le picó el contratiempo su amor propio, al no haber podido entrar en el que se había anticipado a llamar «cantón viejo y mal guardado», pidiendo a Na-

---

<sup>9</sup> ¿También sospechoso?

poleón para vindicarse del agravio más fuerzas, que por el César le fueron negadas.

Pero el paso de Somosierra, dejando la guarnición de Sepúlveda atrás, era un riesgo que Napoleón no quería correr. Al contrario, dio órdenes de comenzar por la villa la limpieza previa al asalto del puerto, de acuerdo con el mariscal Víctor. A mediodía del mismo 29, ya estaba él en Boceguillas. Y, en concreto, mandó que Lapisse con su división, todavía en Grajera, atacara Sepúlveda la mañana del 30, con la caballería de Lasalle y La Housaye, aguardando entre tanto las divisiones Villatte y Ruffin en Riaza y Cerezo de Arriba la caída de la villa para forzar el paso, Le Brun con la caballería ligera polaca y seis compañías de infantería en Cerezo de Abajo, y la Guardia Imperial en la carretera. pero el día 30, a las tres de la mañana, Lasalle informó al Emperador de que los españoles se habían retirado de Sepúlveda a Segovia, con lo cual aquél se dispuso al asalto inmediato de Somosierra.

¿Y por qué esa retirada a Segovia que implicaba una deserción? Priego opina que «todos los caminos hacia el Puerto quedaron interceptados por el avance de los franceses a lo largo de la carretera general», pero «interceptados», quiere decir que para un repliegue pacífico, naturalmente.

Precisamente cuando luego, como antes, los franceses entraron de nuevo tranquilamente en una Sepúlveda sin soldados, dando lugar a que hasta ahora de la francesada, como se denomina su no corta estancia, se hable en la comarca, sí hubo enemigos que de cuando en vez los hostigaron, uno de ellos nada menos que el Duque de Rivas, según ha recordado otro historiador militar no hace mucho<sup>10</sup>: «Tras la batalla de Bailén, el ejército de Cuesta marchaba sobre Madrid para unirse al de Castaños, pero quedaba un destacamento francés rezagado en Sepúlveda, y don Angel Saavedra, que seguía siendo de los Guardias más jóvenes, recibió orden de salir con un pequeño grupo, en misión de guerrillas, a *picar* la retaguardia enemiga. Sin tener aún a mano su hoja de servicios, nada sabemos en detalle de esta acción, interesante por cuanto pone a prueba el ingenio y el valor individual en un primero y juvenil ataque. Sabemos que actuó con éxito y que a partir de entonces combatió con pocas pausas, aunque sólo constan los hechos de armas en que estuvo».

<sup>10</sup> Más bibliografía sobre la acción de Sepúlveda: JOSE GOMEZ DE ARTECHE Y MORO, *Guerra de la Independencia. Historia militar de España de 1808 a 1814*, III (Imprenta Litografía del Depósito de Guerra, 1878) 281-3; comandante BREVETE BALAGNY, *Campagne de l'Empereur Napoléon en Espagne, 1808-9*, III (Berger-Lavruault, paris-Nancy, 1903) 262-3 y 591-3; CHARLES OMAN, *A History of the peninsular War*, I (oxford, 1902) ap. xi, p. 631. El parte oficial de San Juan en la *Gazeta Extraordinaria de Madrid*, miércoles, 30 de Noviembre de 1808.

<sup>11</sup> JOSE-MARIA GARATE CORDOBA, *Las mocedades militares del Duque de Rivas*, «Revista de Historia Militar» 13 (1969) 73-92.

Mas esas estancias de ocupación de los franceses en Sepúlveda, tanto antes de Bailén como después de Chamartín, no eran nuestro argumento. De los libros de actas y cuentas de una de sus cofradías, la de la Transfiguración del Señor o Duruelo, recordamos haberse consignado en las últimas que «se cargó el francés con la renta», pero tampoco de los «impuestos de guerra» nos compete tratar aquí. Ni de su acuartelamiento, al que parece también las casas de las hermandades sirvieron en parte.

Lo que a guisa de recapitulación se nos ocurre es si el viejo prestigio de romancero de la villa no pudo jugar un tanto en la extraña decisión del general San Juan de guarnecerla para la defensa de Somosierra. Que a veces un nombre pesa mucho y por vericuetos extraños, y ciertos prestigios tienen las más insospechadas derivaciones. En todo caso, la concentración de toda la fuerza en el Puerto no habría podido impedir el paso de éste, creemos que tampoco aunque en él hubiese estado la totalidad del Ejército de la Reserva, y el pequeño revés imperial ante aquellos muros tan vetustos no deja de ser a estas alturas deleitoso a nuestra crónica.

El general Savary sobrevivió al emperador, a quien tan fiel había sido, doce años. Teniendo ocasión de participar hasta el fin en unas empresas ya muy otras pero todavía de un cierto signo de conquista al servicio de su país, cuando todavía las cenizas de aquél estaban en la más lejana Santa Elena. Al mando del Ejército de Argelia, entró en Bona en 1831. En todo caso, podemos conjeturar que el nombre y la imagen de Sepúlveda no se le habrían olvidado del todo.

Tremenda continuidad castrense de ésta de los días célticos a los de hoy, por obra y gracia de una geografía tan adecuada a la defensa armada como inspiradora definitivamente de los pinceles de Ignacio Zuloaga. Y, al fin, si se me permite concluir con un recuerdo personal, tengo en la memoria que cuando, hace ya bastantes años, compartía el techo con un prestigioso alumno de la Escuela de Estado Mayor, el entonces Comandante de la Bundeswehr Franz Thiele, uno de sus ejercicios prácticos trataba de una línea de interés militar que, desde Adanero, llegaba a Ciudad Rodrigo pasando por Sepúlveda.